

LA OBRA DE MENÉNDEZ PELAYO

Por MIGUEL ARTIGAS

Director general de Archivos y Bibliotecas

EN la famosa —no sé si afamada Cátedra— que abrió el Ateneo de Madrid en el año de 1896, y por la que desfilaron los escritores y profesores más notables en ciencias y letras de nuestra patria, dió D. Marcelino una serie de conferencias sobre *Los grandes Polígrafos españoles*. Desgraciadamente no asistió ningún taquígrafo que recogiese aquellos notables discursos del Maestro, que llamaron poderosamente la atención de los ya maduros alumnos que los escucharon.

Por las reseñas que publicó la Prensa de entonces, y principalmente por las de «El Globo», periódico muy afecto a la docta casa y en cuya redacción figuraban Navarro Ledesma y Manuel Multado, que se preciaban de discípulos de Menéndez Pelayo, se pueden reconstruir, creo que con alguna fidelidad, bastantes de las profundas ideas vertidas desde aquella tribuna por el autor de la Ciencia Española. En la primera de estas conferencias expuso así el Maestro el concepto que tenía y el sentido en que tomaba la palabra «polígrafo».

«Llámanse polígrafos, en el más vago y general sentido —decía—, aquellos autores que han cultivado diversas ramas de la literatura, ya científica, ya amena, y es claro que los escritores de tal género abundan en todas las literaturas. Pero aquí no llamamos polígrafo al que haya sido a un tiempo, como lo fué Lope de Vega, poeta dramático, épico, lírico y novelista, ni al que haya sobresalido en varias ciencias a la vez, siendo, por ejemplo, filósofo, naturalista y médico, como lo fue

ron Andrés Laguna y Vallés, sino que busquemos otro concepto más trascendental que informe nuestra enseñanza y la preste unidad.

Para declarar este concepto, conviene tener presente que la historia de la cultura humana en general, lo mismo que la peculiar historia de la civilización de cada pueblo, puede ser expuesta por dos diversos métodos que responden a las dos capitales direcciones del pensamiento en toda investigación racional sobre el sujeto humano y sus obras en el espacio y en el tiempo.

Y aunque cada cual de estas direcciones, si aisladamente se la cultiva, puede conducir a perniciosos exclusivismos, también es cierto que entre las dos, debidamente ponderadas y armonizadas, pueden agotar íntegramente el rico contenido de la Historia; y no hay grave riesgo en preferir para la exposición una de ellas, siempre que no se pierda de vista la restante. Es decir, que, o bien se considera la Historia por el lado social, colectivo, impersonal, y estúdiense principalmente los caracteres étnicos, las fuerzas intelectuales de la raza, el desarrollo de los organismos sociales, las aptitudes científicas y estéticas colectivas, los elementos que han favorecido su desarrollo y los obstáculos que se han opuesto a él, y éste es el más seguro camino, quizá el único, para explicar los grandes esfuerzos de la colectividad, los momentos que pudiéramos llamar anónimos, tales como la elaboración del derecho y de la poesía épica; o bien se atiende al elemento individual histórico que se revela triunfalmente en los grandes capitanes, en los grandes legisladores, en los artistas soberanos, en los inmortales escritores y hombres de ciencia.

Ambos escollos pueden y deben evitarse en la recta disciplina del espíritu, y, por lo que a nosotros toca, sin pecar de intransigente individualismo, y reconociendo, como reconocemos de buen grado, que la obra de la cultura de un pueblo es labor esencialmente colectiva, no podemos menos de afirmar con igual resolución que la conciencia universal del género huma-

no se revela y manifiesta de un modo más concreto y luminoso en un corto número de hombres privilegiados, a quienes ya Fray José de Sigüenza llamó «hombres providenciales», y en nuestro tiempo ha llamado Carlyle «los héroes», y Emerson, los «hombres representativos».

Nada ni nadie podría describirnos mejor lo que la figura señera de Menéndez Pelayo y su obra gigantesca significa dentro de la cultura nacional. No pensaba él, al darnos tan elevado concepto de lo que es un polígrafo, que nos estaba pintando con vivo color su propio retrato. Pero por un instinto de adivinación que hay siempre en la que pudiéramos llamar masa docta o el vulgo de los letrados, el apelativo con que más frecuentemente ha sido nombrado Menéndez Pelayo, fué siempre este de «nuestro gran polígrafo», que, ciertamente, es el que mejor le cuadra.

¿De qué cultura, de qué conciencia de raza, de qué movimiento de ideas, de qué edad histórica es hombre representativo Menéndez Pelayo? La España romana, decía el sabio conferenciante del Ateneo, está representada por Séneca. «Poeta lírico, escritor profundo y de extraordinario brío de expresión; el número y variedad de sus obras es por demás importante. ¿Y en su esencia? Su gran originalidad, sus relaciones, supuestas o no, con el cristianismo... la influencia que como moralista tuvo en la Edad Media y en el Renacimiento, en Quevedo, que tanto le admiraba, y en Diderot y Rousseau, hacen del gran filósofo cordobés el representante general, sino el único de la cultura romana en España.»

Como representante de la España visigoda designaba el Maestro a San Isidoro. «Es como un eslabón entre las doctrinas de los clásicos y las primeras enseñanzas de la ciencia cristiana. Sus numerosos escritos sobre el Trívio y el Cuadrivio sirvieron para la educación de Inglaterra en el siglo VIII, y de Francia, en el IX. Filósofo, canonista, historiador, poeta, arqueólogo, es San Isidoro la síntesis de la cultura visigótica.»

Como personalidad característica de la España árabe se im-

pone el nombre, dice don Marcelino, de Averroes, no tanto por su valer como por su fama. «Su influencia no sólo en el islamismo —donde, según Renán, la vida filosófica fué un accidente, pues la especulación original al modo de los griegos sólo brilla en Europa y en Persia—, sino en el mundo cristiano fué grandísima, aunque él fuera bien inferior a Avicena.

Y es que le favorecían la índole enciclopédica de sus escritos o, por mejor decir: «con paráfrasis y comentarios dió el sistema de la ciencia, una especie de enciclopedia, a la vez muy elemental y adecuada a las necesidades de su tiempo.»

El representante más caracterizado del movimiento científico de la escuela judaico-española es Maimónides, «que, a pesar de sus numerosos escritos (filósofo, médico, naturalista), no representa esta escuela en su totalidad, pues falta su admirable poesía lírica religiosa, la más alta manifestación de la lírica en Europa desde el siglo v al xiii, en que aparece Dante, y que no tiene eco en las obras de Maimónides como lo halla armonioso en las de Judá Leví y Salomón ben Gabirol; ni representa tampoco la filosofía religiosa de que se engendró el «Talmud» y la «Kábala»: pero es cierto que por ser unos escritores místicos y formar una escuela esotérica dentro de la Sinagoga y otros por ser heterodoxos y distanciados de ella, sólo Maimónides entre todos tiene verdadero carácter canónico.»

La España cristiana de la Edad Media en sus siglos xiii y xiv está representada por Alfonso el Sabio y Raimundo Lulio. «Don Alfonso, legislador, primer historiador nacional y el que más eficazmente contribuyó a la propagación de las ciencias astronómicas de los árabes y judíos en el mundo cristiano... Lulio, el primero que en España, como Dante en su *Convito*, usó la lengua vulgar tratando de ciencias, a fin de que todos le entendiesen».

El Maestro Antonio de Nebrija es para Menéndez Pelayo el representante más completo y popular del siglo xv y del humanismo en España. «Representálo en su profesión de gramático (sinónimo entonces de hombre de letras) y con la interpretación

de autores clásicos, exégesis bíblica, arqueología, crítica de la historia latina, etc. El Maestro Nebrija es la principal personalidad intelectual del tiempo de los Reyes Católicos».

El siglo xvi lo veía Menéndez Pelayo representado en Luis Vives, «que es espíritu crítico del Renacimiento encarnado; en Francisco Suárez, el iniciador de la renovación de la escolástica que florece al presente, puesto que hoy la que se enseña es más la de Suárez que la de Santo Tomás; y en Arias Montano, que enlaza en sus estudios la cultura oriental y la clásica».

El siglo xvii es el siglo del popularísimo «Quevedo, político y moralista. En sus sátiras y composiciones festivas tiene conceptos tan serios como en sus libros más graves. Profunda originalidad en sus ideas del mundo y de la vida». Son polígrafos también representantes de este siglo el Obispo Caramuel, «el escritor más enciclopédico del tiempo de Felipe IV, y en quien aparece la cultura española más influida por la extranjera, tanto en lo que afirma, cuanto en lo que niega»; y don Nicolás Antonio, «gran escritor del tiempo de Carlos II, colector de noticias de ciencia española y cultivador de la crítica histórica (que no viene del siglo xviii) en la esfera del Derecho Romano y en la historia de nuestros Anales patrios».

Y, finalmente, destacan en el siglo xviii y vienen a ser como su síntesis. «El Padre Feijóo, a quien tanto debió la cultura española, Hervás y Panduro, fundador de la filología comparada, y don Gaspar Melchor de Jovellanos, que trató de tan diversas materias en sus numerosos ensayos, adornando el espíritu español con el extranjero».

Este era, en síntesis, el programa que se propuso desarrollar Menéndez Pelayo en su Cátedra sobre *Los grandes Polígrafos Españoles* en el Ateneo de Madrid. Empresa relativamente fácil, decía él mismo, en lo concerniente a la Edad Media, al Renacimiento y a nuestra Edad de Oro y aún empresa posible en lo que se refiere al siglo xviii; pero casi sobrehumana e inabordable, en cuanto llegamos a los umbrales del siglo xix.

Efectivamente, el empeño hubiera sido irrealizable para la

mayoría; pero para el conferenciante que pronunciaba estas palabras resultaba completamente imposible. Existía un gran polígrafo español que era el hombre representativo del siglo en que vivía si no en su integridad sí en la parte más vital, más castiza, de más raigambre y desarrollo más fecundo y perenne; a este gran polígrafo le conocían y señalaban todos; todos menos él, porque don Marcelino era, como dijo su hermano Enrique, el único español que ignoraba que hubiese un Menéndez Pelayo.

Me he extendido al exhumar estas notas de las conferencias sobre los «Grandes Polígrafos Españoles», desconocidas para la mayoría de nuestros eruditos, porque creo que el único medio de enfocar bien el estudio de la colosal figura de Menéndez Pelayo y su obra, es este de escudriñarla desde el aspecto de *hombre providencial*, según la frase del Padre Sigüenza, del *Héroe* de Carlyle, del *Hombre representativo*, de Emerson.

Todo aquel aluvión de razas y pueblos, de ideas y costumbres diversas, de religiones y mitos que traen a España los primeros pobladores y los que sucesivamente se van disputando su suelo, empiezan a sedimentarse durante la primera Edad Media y llega un momento en que con Recaredo en el Tercer Concilio toledano, está a punto de fijarse nuestro carácter nacional, cuando se le dió unidad por medio de la religión y las leyes comunes. La invasión árabe nos fracciona y nos desorganiza; pero la dura lucha que sostenemos contra los mahometanos, guerra de independencia y de cruzada religiosa, de civilización occidental y latina contra la del oriente islamizado, forja el temple de nuestro espíritu y le va preparando para más altas empresas. Los Reyes Católicos echan el firme cimiento de nuestra unidad política y religiosa y sobre esta base, nuestro carácter nacional comienza a definirse claramente, alcanzando cumbre y grandeza en los primeros reinados de la casa de Austria. Si el sol no se pone entonces en nuestros dominios tampoco el pensamiento español deja de alumbrar en todas las Escuelas.

Después viene nuestra decadencia: materialmente estamos

desangrados, moralmente nuestro espíritu ha perdido tensión y nervio. De todo ello se aprovecha un pueblo vecino, que nos impone, no sólo sus reyes y consejeros, sino sus usos, costumbres y modo de pensar. Lo francés sustituye en la moda a lo español en el mundo.

Y nosotros, que tan tenaz y briosamente defendimos la unidad de creencia, base de nuestro carácter, contra la disgregación herética de la Reforma protestante, flojos y apoltronados ahora y con el enemigo dentro de casa, consentimos que la masonería extienda sus tentáculos por la patria, que la filosofía heterodoxa de la Enciclopedia invada nuestros centros de enseñanza y que más tarde las ideas de la Revolución prendan fuego en las masas, con todas las trágicas consecuencias en que lógicamente fueron desarrollándose.

Claro es que toda esta extranjería que, a la chita callando, solapadamente se nos iba entrando, tuvo su protesta desde el primer momento. Chocaron el chambergo y la peluca, el recio y tradicional pensamiento español con las ideas nuevas, materialistas e impías; y chocó la capa española contra la casaca forastera, todos los castizos y honrados sentimientos de lo mejor del pueblo español, contra las costumbres desenfadadas de los afrancesados.

Y de esta escisión de sentimientos e ideas nacieron las dos corrientes que en continua contradicción se han mantenido hasta nuestros días, después de tantas luchas enconadas con la pluma, con la palabra y con las armas.

El representante más caracterizado de toda esta tendencia tradicional, el que recoge en el pasado siglo esa aspiración de instaurar plenamente el pensamiento español, el que bucea y ahonda en su entraña y en sus orígenes, en todas sus manifestaciones en la religión, en el arte y en la ciencia, el que reúne y condensa en sí todos los esfuerzos, todos los avances, todos los valores de los grandes polígrafos que resumen cada una de nuestras épocas y tendencias espirituales más señaladas es Menéndez Pelayo, a quien, con toda justicia, podemos llamar el

último gran Polígrafo, el hombre representativo y providencial, no sólo del pasado siglo, sino también de nuestros días.

Y así es como hay que estudiar esta gran figura del Maestro. No aisladamente y dentro del siglo en que vivió, no sólo como sabio que aporta datos y esclarecimientos a nuestra historia literaria, a nuestro arte y nuestra filosofía, sino como genio representativo de la España auténtica, como investigador que ahonda y busca el rico filón de nuestro carácter nacional en todas las épocas de nuestro pasado, que descubre la cadena de oro de lo genuinamente español, nunca rota —éste es un tópico que hay que desterrar—, sino que nos ata a lo que fuimos y a lo que debemos ser, a la tradición y al progreso, que no son conceptos opuestos, sino que se unen y armonizan como se unieron maravillosamente en la mente de Menéndez Pelayo.

Esto es lo que significan todos aquellos sus afanes de reconstruir nuestro pasado y basar en él la regeneración del porvenir. Esta es la idea dominante en todas sus publicaciones, que yo no me voy a detener en estudiar detalladamente porque son muchos los que lo han hecho en sus más variados aspectos: Valera, Bonilla, doña Blanca de los Ríos, Sáinz Rodríguez, Amezua, Rubió, Parpal y tantos otros.

Varias de estas obras de Menéndez Pelayo —la Historia de las Ideas Estéticas en España, la Antología de Poetas Líricos, los Orígenes de la Novela, los Estudios sobre el teatro de Lope, la Bibliografía Hispano-Latina— quedaron inacabadas; pero «su obra», la manifestación de su pensamiento sobre todo lo nuestro, sobre todo lo que constituye la base firme de nuestro genio nacional, esa está completamente acabada y perfecta en sus escritos y en las directrices y rumbos que nos dejó trazados en su vida ejemplar.

La enseñanza de Menéndez Pelayo está viva aún y continúa guiando a la investigación española. Los grandes índices de lo que está por hacer quedan reseñados fielmente en sus libros; él va abriendo carretera real por donde marcha; pero a izquierda y derecha deja siempre señalados hitos y traza las líneas y

direcciones que han de llevar las sendas y veredas que enlacen con este ancho camino por el que desfila triunfal ante el lector asombrado la ciencia española.

Se podrán añadir nuevos datos biográficos sobre éste o el otro autor, mejorarán los textos que hasta ahora hemos venido utilizando con nuevas ediciones críticas más depuradas; pero los juicios estéticos establecidos por Menéndez Pelayo, son tan firmes y seguros que no habrá historiador de nuestras letras que pueda acometer un estudio serio si no los tiene muy presentes y le sirven de guía y orientación para sus trabajos.

Así en Lope de Vega, sobre el que tanto se ha escrito e investigado con posterioridad a la edición que publicó la Real Academia de la Lengua con prólogos de Menéndez Pelayo. Han salido después varios estudios llenos de erudición, se han encontrado nuevos datos que ilustran la biografía de aquel Monstruo de la Naturaleza, epistolarios interesantísimos, manuscritos desconocidos con nuevas poesías, mas a pesar de tantas aportaciones, muchas de ellas de gran valor crítico, los estudios de Menéndez Pelayo sobre el teatro de Lope de Vega continúan y continuarán siendo piedra básica para cualquiera que pretenda trabajar acerca de la obra ingente del Príncipe de nuestra escena.

Sobre nuestros cantares de gesta, sobre nuestro romancero, no se ha dicho aún la última palabra, pese a los descubrimientos asombrosos que en este terreno se han hecho. Eminentes críticos literarios de nuestra patria e hispanistas de gran competencia, filólogos y folkloristas se dedican con ahínco a escudriñar en las primeras crónicas las formas asonantadas que delatan los cantares heroicos y a recoger de la tradición oral datos preciosos sobre romances populares. Toda esta labor continuará obteniendo grandes frutos y se adquirirán datos preciosos, y nuevos e importantes documentos aumentarán tal vez todo este ya rico capítulo de la literatura española; pero ¿quién podrá llegar a mayor altura crítica, quién acertará a expresar tan bellamente lo que significa y representa para nosotros toda esa

literatura popular como Menéndez Pelayo en su *Tratado de los Romances Viejos*? ¿Quién se atreverá a tocar la figura del Cid dibujada por la pluma del Maestro?

Y así en la Historia de las Ideas Estéticas en España, en que se reseña no sólo el desarrollo que los conceptos sobre lo bello adquiere entre nosotros, sino que realmente deja trazada la historia de la estética en otros países y tiene atisbos tan geniales, estudios tan acabados, que aún en materia ajena, han tenido que servir de pauta para los eruditos de esas otras naciones cuyas teorías estéticas sólo como de pasada, y en cuanto se relacionan con las nuestras, fueron objeto de la investigación de este genial artista.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha emprendido la patriótica tarea, que Dios quiera llevar pronto a feliz término, de editar en serie completa, la inmensa producción de Menéndez Pelayo, desconocida en buena parte por encontrarse desperdigada en revistas y publicaciones que no están a la mano de todos. Labor muy plausible, y labor, sobre todo, necesaria, porque era ya un baldón para nosotros no haber puesto a disposición de los investigadores los luminosos escritos del Maestro; pero queda aún por hacer la tarea de difundir su doctrina regeneradora por medio de círculos de estudios Menéndez-Pelayistas que debieran establecerse en las principales capitales de España y, sobre todo, en aquellas en que existen Universidades o centros de alta cultura. Esta labor de los círculos Menéndez-Pelayistas no había de limitarse al estudio de las obras de Menéndez Pelayo sino que ha de penetrar de un modo concienzudo en todo nuestro pasado, tomando por guía al gran polígrafo español y siguiendo la pauta que él nos dejó trazada. Estudiar todas esas manifestaciones del genio español que se van sucediendo en nuestra historia, ver lo que, fundamentalmente, forma nuestro ser, seguir la trayectoria de la tradición, tratar de aprovechar todo lo bueno que en ella se encuentre para cimentar de un modo sólido nuestro glorioso porvenir, es la tarea que él encomendó reiteradamente a sus discípulos. En ellos

dejó cifradas todas sus esperanzas de resurgimiento de nuestros estudios y en más de una ocasión les saludó con ejemplar modestia al contemplar sus esfuerzos y los éxitos que los coronaban, con aquellos versos del viejo romance:

*Si no vencí Reyes Moros
engendré quien los venciera.*

Nadie más indicado para iniciar estos círculos de estudios sobre Menéndez Pelayo y su obra, que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Aquella Cátedra del Ateneo de Madrid, por causas que no son para relatadas en esta ocasión, terminó en rotundo fracaso. Las lecciones de Menéndez Pelayo, aunque tenían numerosos oyentes y se mantuvieron siempre en un tono científico elevado y apartadas de toda otra mira que no fuese la pura y desinteresada investigación, se suspendieron como todas las obras. Tenemos, sin embargo, el guión de esos estudios, que dejó esbozados en estas cuartillas, y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, haría una labor de alta cultura y patriotismo si a destacados miembros suyos especializados en las diferentes materias, encomendara la tarea de desarrollar íntegramente en una serie de conferencias el programa sobre *Los Grandes Polígrafos Españoles* que Menéndez Pelayo no pudo terminar, y la parte que concluyó nos es muy poco conocida. Estas conferencias habían de tener como digno remate el estudio de la figura de nuestro último Gran Polígrafo don Marcelino Menéndez Pelayo.